

ESPAÑA PINTORESCA.



Casas Consistoriales de Palma.

Se ha dicho con razón, que lo primero que edificaban los españoles en las ciudades que conquistaban ó construían de nuevo, era una iglesia; y esto que para algunos será una pulla, hace en nuestro concepto alto honor á su religiosidad. En efecto, si consideramos el primer móvil de los hombres reunidos en sociedad, no es la política, no es el interés, no es el placer, es la religion la única que puede hermanarlos, y mas natural es pensar en una iglesia que en una municipalidad, en una bolsa, en un teatro. Desde las grandes capitales de nuestra península, que fueron cortes un dia, hasta la aldea mas humilde, el templo es el punto culminante, el castillo feudal á cuya sombra se agrupan confundidos, palacios y casuchas; en los siglos medios apenas se comprendían otros monumentos que los religiosos, y aquellas corporaciones ó autoridades que con tal celo, generosidad

y constancia elevaban magníficas catedrales, tal vez carecían de casa propia para sus reuniones.

Así al menos sucedió en Palma: las casas consistoriales, son cuatro siglos casi posteriores á su catedral. Mientras que este grandioso edificio, empezado por monarcas y concluido con grandes sacrificios por ciudadanos se acercaba trabajosa pero constantemente á su conclusion, los jurados ó ayuntamiento de Palma, se reunían en una casa particular de la calle de San Francisco, ó eran admitidos como por hospitalidad en el antiguo hospital de San Andrés, disfrutando del edificio á medias con enfermos y peregrinos. Así se hallaron desde 1343 hasta últimos del siglo XVI, en que se construyó en el mismo local y aprovechando tal vez parte de la fábrica anterior, el actual edificio, que no carece de suntuosidad y de singular apropiacion, á su objeto y destino. El

color pardo de sus muros, ni tan obscuro que indique un edificio ya difunto, un edificio sin objeto; ni tan blanqueado que indique una idea, una institución nacida de ayer; su balcón ó galería baja flanqueada por dos puertas, que así sirve de camarín, por decirlo así, donde se cuelga en los días de gala el retrato del soberano reinante, como de estrado al ayuntamiento en los actos que requieren publicidad; el gran balconaje corrido del piso principal, que en las noches de iluminación se corona con una larga línea de luz; el prolongado alero esculpido con mil preciosas y hermosísimas labores, que por la injuria de los tiempos han perdido el dorado que antes las revestía, dan un carácter bastante original é imponente á las casas consistoriales de Palma. Las labores que recaman sus puertas y ventanas son algo pesadas, y se resenten demasiado del capricho y mal gusto del barroquismo, para no creerse posteriores á la época de la fundación. El siglo pasado se intentó darle un ensanche grandioso, y al efecto se construyó á sus espaldas la fachada que da á la plaza de Santa Eulalia, del mismo y aun mejor gusto que la principal; pero se abandonó el proyecto por lo mismo probablemente que se abandonan muchos en España, y la infeliz fachada aislada y amenazada con la demolición, será ruina antes de haber sido edificio.

Allí se reunían los seis jurados, instituidos por D. Jaime el Conquistador en 1240, representantes de las varias clases, á saber un caballero ó jurado *en cap* (principal), dos ciudadanos, dos mercaderes y un artesano. Eran de elección popular, y estas elecciones eran á veces tumultuosas, pues en 1408 fué preciso plantar unas horcas delante de las casas consistoriales, para aterrar á algunos díscolos que querían falsear el resultado de los votos. Gozaban los jurados de consideración igual á su poder, y usaban unas túnicas de grana que se llamaban gramallas. Allí se reunía también el grande y general consejo de la Isla, cuyas atribuciones tenían bastantes puntos de contacto con las de nuestras diputaciones provinciales, si bien sus miembros eran mucho mas numerosos. Felipe V en 1718, destruyó todas estas instituciones, que no eran ya mas que una sombra de lo que un tiempo habían sido, y los jurados fueron reemplazados por el ayuntamiento.

Todavía se conservan en el *archivo del Reino* que está en el mismo edificio, las resoluciones y actas de aquellos cuerpos, y asombra la libre firmeza y prudente medida que presidía frecuentemente á sus deliberaciones.

En el salon principal de juntas, se conservan los retratos de los mallorquines ilustres que han honrado á su patria con sus hazañas, virtudes, ciencia ó dignidad: los que ciñeron la corona de las islas y los que ciñeron mitra, el hombre de las batallas, y la santa virgen de los claustros, y el sabio estudioso; todos se hallan confundidos en una misma gloria: todos aparecen en las grandes solemnidades religiosas, en los aniversarios, en los días de gala, cubriendo todo el cuerpo bajo de la fachada; costumbre poética y patriótica, pero que á veces nos da pena, al verlos presidir á ciertas solemnidades y *hazañas de circunstancias*, que seguramente no comprenderían.

La plaza que está delante de la fachada, pequeña y de forma irregular, escaita muchos y muy variados recuerdos con su antiguo nombre de plaza de Cort, y juega gran papel en la historia de Mallorca. En el día, ya que no de otra cosa, sirve de Bolsa y de Puerta del Sol, recurso de ociosos, y almacén de mentiras.

COSTUMBRES.

PAUPERIBUS.

Aquí yace Juan de Robles,
que con piedad sin igual
hizo este santo hospital.
Epitafio,
y primero hizo á los pobres.
Adición.

En este mundo hay gente para todo: hay pobres que comen á costa de los ricos, pero también hay ricos que se comen á los pobres, *per sinecdoque*. Hay hombres que se desviven por formar colecciones de mendigos y meterlos en algun chirivivil, para especular con su hambre, por via de contrata; y hay mendigos tan desnaturalizados, que se empeñan en gritar, que aquellos señores los explotan como si fueran minas, y que para ellos las libretas son flones. Hay economistas que se empeñan en mejorar la suerte de los labradores á fuerza de teorías, y hay labradoras tan testarudas, que se aferran en que cada vez van á peor, porque los ricos nuevos les suben los arriendos. Hay por fin publicistas, que prueban hasta la evidencia, que la bazofia de los conventos era la causa de que hubiera tantos mendigos, y hay mendigos tan obstinados en no morirse de hambre, que son capaces de ir á bandadas ahora mismo, y de puerta en puerta, solo por tener el gusto de sacar embusteros á los señores publicistas. Esta clase de hombres que se desvive por sus semejantes desgraciados, es la que han dado algunos en llamar *pauperibus* (para los pobres), á la manera que se llaman *omnibus* las diligencias *no aceleradas*, que sirven para todos, hasta para los estudiantes.

En el día el carácter de estos *pauperibus* ha variado mucho: antiguamente se llamaban *caritativos*: á fines del siglo pasado les pareció este apelativo demasiado religioso á los *sot discent* filósofos y dieron en llamarse *filántropos*, ahora con arreglo al último figurin se denominan *humanitarios*. El caritativo solía ser gruñón y de mal humor, á nadie daba tratamiento, hablaba á todos en impersonal, y aun solía desvergonzarse con los poderosos: estaba por decir, que tenía pujos democráticos. Pero en cambio de esto, solía dar hasta los calzones, otras veces se echaba las alforjas al hombro y salía por las calles á la *questa*, ó si le daba la manía de mudar de aires, se marchaba al mismo Argel, y se quedaba en rehenes por otro cautivo. El humanitario recibe á todos con afabilidad y dulzura: sus labios destilan miel, sus ojos son como de paloma (*orientalismo*), y su cuerpo está siempre encorvado en actitud de cortesía. Pero en vez de dar los calzones suele tenerlos bien puestos, y prefiere ir en coche, mas bien que sobre los carruages de San Fran-

cisco. Por lo que hace á donativos, (en lenguaje antiguo, limosnas) aun cuando algunas veces no contribuya en metálico, procura poner su industria en cuanto á recaudacion y distribucion, lo cual desempeña gratuitamente, (¿quién lo duda?) aunque no sea mas que por sacar falso aquel refrán que dice « el que administra, chupa, y enjuaga, algo traga. »

Hay algunos de estos *pauperibus* ó humanitarios, que ejercen su filantropía en un solo ramo, otros por el contrario hacen á todos palos.

Entre los primeros, merece el primer lugar el médico humanitario. El médico vulgar al preguntarle ¿cuanto vale su visita? responde comúnmente, ¡ nada! en lo cual no suele mentir. Pero el humanitario pasa mas adelante, y no solamente no alarga la mano hácia atrás, para recibir su honorario, sino que se enfada muy de veras con solo ver al paciente meter los dedos en el bolsillo del chaleco. ¡ Oh! ¡ habia el de consentir una profanacion científica, una simonia humanitaria! Y á pesar de no recibir honorario por sus visitas, gasta y triunfa, y es el médico de moda, y eso que no tiene mayorazgo, ni se sabe que le haya caído la lotería.

Hay quien asegura, que á veces los boticarios poseen la clave de estos misterios, máxime cuando el facultativo aconseja, que se acuda con la receta á determinada botica: pero este medio es tan vulgar y desacreditado, que difícilmente lo creéremos de un médico humanitario que, *se respeta á sí mismo*. Por lo común propende á emanciparse de tomar el puso, y muchas veces, cansado de matar á sus semejantes exabrupto, *prefiere confeccionar leyes*, que prolonguen su agonía. Cuando á fuerza de visitar gratuitamente á cualquier alto funcionario, logra por fin recetar al país, ó cuando menos tomar el pulso á los asuntos de una oficina, suelen los subordinados esclamar por lo bajo, *deja Fr. Gerundio los estudios y se mete á predicador*.

Hay tambien médicos, que no teniendo enfermos de ningun género, se dedican á curar, es decir á *tratar*, una sola especie de enfermedades. Rehajados así á la clase de curanderos, procuran acreditarse bajo la capa de humanitarios, ofreciendo curar gratis á los pobres. Tales curanderos se desviven por los anuncios: cuando ya han embadruado con ellos todos los periódicos, inventan los recursos mas graciosos para seguir anunciándose. Apenas llega á su noticia una suscripción, ora patriótica, ora de beneficencia, cuando al punto corre allá nuestro *pauperibus*, y sacando una peseta del bolsillo se suscribe en estos términos.

« D. José Carmona, que posee el específico verdadero para curar radicalmente los sabañones, y vive calle... núm... suscribe por 4. rs. » A los pocos dias los periódicos publican las listas de suscritores, y el curandero *pauperibus* tiene el gusto de verse anublado en todos ellos por una peseta.

Otras veces estipula un anuncio como paga de la curacion. En tal caso el expaciente toma la pluma, y á continuacion de escribir, señor redactor del.... refiere muy largamente, que de resultas de un tropezon que dió en la plazuela de Santa Ana, poco despues de anochecer, le resultaron unas dolencias, que en vano trataron de

combatir los médicos mas acreditados.

Aquí una filípica contra los facultativos, llamándolos *borlones* ó *borludos*, segun le dicta su instinto al comunicante, y prosigue á renglon tirado. « Aburrido de tan amarga situacion iba ya á poner fin á mi existencia; cuando afortunadamente tuve noticias del acreditado profesor, D. Benvenuto Jeringuillo, que despues de largas vigiliás y estudios *ad hoc*, en obsequio de la humanidad doliente «..... aquí un elogio pomposo del curandero y del método que usa; y en seguida concluye en estos términos: « Al verme tan milagrosamente vuelto á la vida y en el libre ejercicio de mis funciones, no puedo menos de tributar este homenaje de gratitud al distinguido mérito, como igualmente al heroico desinterés del dicho profesor, valiéndome para ello de su apreciable periódico, favor etc. CLAUDIO PELANGUILAS.

La firma es de rigor, pues un anónimo no merece fe. Estos elogios no impiden, que el pobre Pelanguilas sienta poco tiempo despues reproducirse con mas intensidad las susodichas dolencias, á pesar de haber llevado una vida anacoretica.

No es menos curioso el papel del abogado humanitario. Bien es cierto, que está mandado, que todos los abogados trabajen el primer año de su profesion para pobres, pero esto se entiende para los abogados de tres al cuarto. ¡ A donde ibamos á parar si se cumpliera todo lo que prescriben las leyes! alguna distincion se merece el genio, (por regla general suelen ser genios, los hijos, sobrinos y ahijados de altos funcionarios, y de *cicritas madres*) y aunque salga de la Universidad para la Audiencia, ¿ qué vale eso para un genio? Pero no daremos nosotros el nombre de humanitarios á todos los abogados en general, tan solo porque segun su obligacion defiendan un año á pobres.

Hay otra clase de abogados *pauperibus*, mas notable y humanitaria: la gente suele llamarlos abogados de las tres p. Pertenecan á ella, algunos que despues de haber defendido á pobres por espacio de un año ó dos, se hallan con la novedad de que no pueden defender á ricos;... porque los ricos no quieren dejarse defender por ellos. Entonces un abogado á quien sucede esto, se resigna á seguir defendiendo á pobres, lo cual es muy meritorio.... en la presencia de Dios, si lo lleva con paciencia. Pero es de notar, que no siempre pierde el tiempo el abogado humanitario, pues cuando gana el pleito, su parte paga los derechos. Ainda más, hay muchos que pleitean por pobres, y con todo pagan de ocultos al abogado: vean VV, segun eso, como el abogado *pauperibus* al ejecutar esta obra de caridad, es decir filantrópica, consigue la gracia de Dios y el dinero de los hombres; que es lo mismo que si dijéramos, *aquí gracia y despues gloria*.

Tambien hay agentes humanitarios, que se encargan de los asuntos y negocios de los pobres. Porque como en este picaro mundo no basta tener justicia sino que se administre, y por otra parte es maldicion de gitanos el decir ¡ pleitos tengas y los ganas!; de ahí proviene que muchos petates, por no andar á vueltas con la señorita Astrea, prefieren dejar como muertos los mejores pleitos. Entonces se presenta el agente *pauperi-*

bus y ofrece seguir el pleito á sus espensas, con solo que se le de la mitad ó tercera parte de la ganancia. Accede la parte, y entonces nuestro agente humanitario lo baraja todo y en un santiamén allana dificultades, que para el pobre perdix hubieran sido montes y valles.

Seríamos interminables si hubieramos de ir recorriendo las diferentes profesiones en que puede ejercer su filantropía el hombre *pauperibus*, ora bajo el título de humanitario, ó bien se llame tribuno de la plebe, economista teórico práctico, siervo de los siervos, organista de la opinión del pueblo, *pater pauperum*, prestamista concienzudo, fabricante económico, y comisionista para *quemazon de géneros*, en lenguaje del Diario de Avisos.

Pero todos estos seres que ejercen alguna profesion filantropicamente, son niños de pecho para el humanitario, que tiene la filantropía por única y esclusiva profesion. Modelo de este género, puede ser D. Bonifacio Economía, sugeto de prendas muy recomendables, y sobre todo tan piadoso y sensible que en su vida ha muerto un raton, á pesar de ser aficionado á los toros y á la ternera mechada. Desde niño, demostró mucha aficion al petitorio, de modo que los sacristanes abdicaban geperosamente en su mano el cepillo de las ánimas, y hasta el plato y la campanilla de pedir por los que estan en pecado mortal. Cuando habia frailes era hermano de todas las religiones de su tierra, y aun estuvo por meterse á redentor. Por fin hallándose mas desocupado de lo que quisiera, y con pocos recursos y menos ganas de estudiar, le ocurrió meterse á humanitario, aunque por mucho tiempo lo hubo de ser *in partibus*.

Vino por fin, una orden mandando formar en todos los pueblos juntas de beneficencia, y entonces vió por fin nuestro filántropo despejado su horizonte. Tanto trabajó y bregó, que al fin consiguió le nombrasen de la junta, y como tenía fama de cominero y hombre celoso, logró alzarse en breve con el sauto y la limosna, con gran satisfaccion de los demas individuos, que tenían negocios propios á que atender.

Por de pronto de tres hospitales buenos, hizo uno mediano; con las rentas de un colegio y unas memorias fundó un hospicio, en el piso bajo de un ex-convento, y la junta le nombró director gratuito, y administrador oneroso. Suprimió tres patronatos y se quedó tambien con la intervencion de sus rentas; y finalmente adjudicó las del pósito, para la escuela; un legado para objetos de instruccion lo invirtió en construir el cementerio, y el producto de los nichos lo adjudicó al médico del hospital. Las gentes andaban aturdidas con tales reformas, el Boletín ponía en las nubes las mejoras filantropicas de nuestro *pauperibus*, y el gobierno llovió sobre el acciones de gracias, y lo llamaba á boca llena un genio creador. Como la calunnia y la envidia nunca paran, principiaron varias personas retrógadas y mal intencionadas á contar picardias del bueno de D. Bonifacio. Las muchachas del pueblo, que se vieron sin los dotes que esperaban de los patronatos, dieron en llamarle D. *Malecista*, el maestro de escuela iba hecho un Iscariotes y ponía el grito en el cielo, porque los padres lo enviaban á la junta, y la junta decía que el ramo de

beneficencia nada tenía que ver con la instruccion; los presos tenían incomunicados los dientes con el pan, de resultas del sistema penitenciario que habia introducido, y hasta los enfermos dieron en escapar del hospital, por no morir de inanición. Entonces D. Bonifacio presentó una memoria manifestando las ventajas de la hospitalidad domiciliaria, y que en atencion á la repugnancia que sentían los enfermos por el hospital, convendría cerrarlo y que con sus rentas se les asistiera en sus casas. Nombrose una comision para informar, y ya iba esta á dar un dictamen tan favorable, que por el hubiera llegado D. Bonifacio á ser el único enfermo de los tres hospitales reunidos, cuando tuvo el bueno del humanitario la humorada de enfermar de veras, de cuyas resultas se hizo en el una reforma, tan radical, como casi todas las que habia hecho durante su vida, es decir, que murió.

Ya se preparaban sus testamentarios á ponerle este epitafio en verso,

Bonifacio Economía
yace aqui: desfallecidos
sin su gran filantropía
llorarán los desvalidos.

Cuando desistieron de su propósito por temor de que estos, parodiando el de Juan de Robles, añadiesen debajo:

con lágrimas de alegría.

V. DE LA F.

POESIA.

LA CONSIGNA.

(Imitacion de Epicuro.)

Escucha buen portero
cuanto yo aqui te digo,
que pues estás conmigo
mi ley has de seguir.
Piensa que soy el gefe
que tu deber designa,
y aprende la consigna
que fiel has de cumplir.

Si llega á mis umbrales
una muger airosa,
con vista misteriosa
y voz de leche y miel;
si dice que se llama
Política, á su arrojo
tira bien el cerrojo
y échala sin cuartel.

Si con aire mas grave
otra matrona llega
y en su favor alega

nombrarse la Amistad,
dila que por ahora
no admito su visita,
porque está muy marchita
su antigua lealtad.

Cargada de diamantes
si llega la Fortuna,
no oigas razon alguna
al punto hasla marchar:
vienen con ella siempre
los sustos, la tristeza....
Mejor es la pobreza
que el oro y el pesar.

Tal vez llegue á buscarme,
con picaresco guiño,
un muy hermoso niño.
que tiene nombre Amor.
¡Oh! entonces sin demora
abrele bien la puerta,

que esta es fortuna cierta
de sin igual valor.

No temas que nos dañen
sus dulces travesuras,
pues como son locuras
pasan con rapidez;
ábrele pues, amigo,
siempre que venir quiera,
que él solo refrigera
la insípida vejez.

En fin si la Cordura
miras que á verme venga,
dila que se detenga,
pero sin contender;
trátala con respeto,
y para que no aguarde
pidela que mas tarde
se digne aqui volver.

A. G.

GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA FLAMENCA.



(La Via láctea. — Cuadro de Rubens.)

Si el acierto que tuvo Rubens para elegir asuntos, y espresarlos con juicio y decoro, realizando sus cuadros con admirable colorido, hubiera sido igual para estudiar en el antiguo las formas convenientes á ciertos personajes, nada nos hubiera dejado que desear. Hemos tenido ocasion de observarlo, y ahora podemos

asimismo notarlo en la obra que aqui se publica. No puede negarse en ella esta falta, que por otra parte cubren enteramente la sencillez y bello conjunto de la composicion, la frescura y buen gusto de las hermosas y delicadas tintas, y el partido grandioso de claro-oscuro, cuyo efecto es sin duda muy brillante. Tomó

el pensamiento de la mitología, religion tan desatinada como poética, que todo lo animaba, todo lo hermosaba, según la cual nunca influían en los fenómenos naturales las causas físicas, sino la acción directa de hombres y mugeres divinizados. ¿Qué es, por ejemplo, *la Vía Lactea*? No una multitud de estrellas que la vista no puede alcanzar á distinguir, sino la leche de Juno derramada por el cielo. Porque como la zelosa deidad aborreciese de corazón á Hércules desde que nació, persiguiendo en el mismo al fruto de los amores adulterinos de su esposo, dando sin embargo treguas en una ocasión á sus iras, consintió en darle el pecho; pero lastimada por la fuerza con que el robusto semidios mamaba, le apartó involuntariamente de sí, y cayendo y esparciéndose por la región etérea el licor con que le alimentaba, formó esa faja, que en su blancura anuncia su orígen. Vedla, nos dice Rubens, apeada del carro tirado de pavones, sentada en las nubes, adornada de perlas, apenas cubierta de un rico paño encarnado, que bien así como el blanco velo que pende por la espalda, ligeramente ondea; con el brazo izquierdo sostiene al niño, la mano derecha aplica al pecho dolorido, y la leche baña el espacio sembrado de estrellas. Pero no fiando mucho Júpiter de esta mudanza y generosidad, poco propia ciertamente de la ofendida diosa, se sienta también algo retirado, y la observa cuidadoso, y como en acecho. No podreis desconocerle por el águila y el rayo que tiene á sus pies, ni privar á ambos del atributo de celestes, al mirarlos coronados de luz. Esto nos pone delante de los ojos el artista. ¿Y qué faltaria á su linda producción, si para la Reina del Olimpo hubiera podido servir de modelo alguna jóven de las que en dicho tiempo ejercitaron el ingenio de Apeles?

Este cuadro está pintado en lienzo, y existe en el Real Museo. Alto 6 pies y 7 pulgadas, ancho 8 pies y 9 pulgadas.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

EL ÚLTIMO DISCÍPULO DE LA ESCUELA GRANADINA.

(Episodio histórico de la vida de Juan de Sevilla.) (1)

LA VENTANA AL JARDÍN.

II.

A la derecha de la parroquia de S. Miguel había un palacio árabe, en tiempo de esta historia, que se llamaba *la Casa del gallo*, famoso por las tradiciones de que es origen, y del que hoy nada queda; inmediato á él vivía Juan de Sevilla, y en el instante á que nos referimos, plorando en su obrador hablaba con Enrique, por el tenor siguiente.

— « Creedme, no le tengo envidia, una noble ambición es la que me hace pintar á competencia con Ata-

nasio; pero os repito que me exaspera ese orgullo, ese desprecio hasta por las obras del inimitable Cano, y sobre todo esa corte de caballeros, holgazanes de quien siempre se halla rodeado, y que le ensalzan hasta las nubes sus bellezas, perdonando criticar sus defectos. Si, porque vos solo sacasteis con generoso empeño la defensa por mi cuadro en la plaza, os he admitido en mi obrador, que antes ningún discípulo ha pisado como os he dicho otras veces. Por eso también quiero que desechéis esa distracción que desde hace poco os embarga, y que trabajéis, para que dentro de poco podáis dar una lección á vuestro antiguo maestro, del colorido seco y de las formas ramplonas que yo aprendí con Moya y con Rubens, y que os estoy enseñando. » Con risa sardónica recargó estas últimas palabras, y dejando los pinceles salió del obrador á la calle por una puerta escusada.

Luego que sus pasos se perdieron para el oído, y que Enrique se cercioró de que se había alejado, abrió una ventana que daba á un jardín, y empezó á silvar una canción muy vulgar entonces. A poco aparecieron dos mugeres, la una vieja y en traje de dueña, y la otra jóven y linda: esta última tendria unos diez y ocho años, y era su cuerpo ligero y garboso; una blanda palidez cubria su rostro ovalado, y sus ojos negros como la noche, estaban sombreados por hermosas pestañas y cejas delicadas; dos boynelos modelados por el amor, agraciaban sus mejillas, y la postura de su boca y el todo de su rostro, inspiraban un sentimiento tan profundo en el corazón, que nadie podría al parecer amar aquel angel sin fuego y sin pureza.

— « Yo voy á hacer la guardia (dijo con voz cascada la dueña y los dejó solos). Teresa (que este era el nombre de la jóven) con los ojos bajos, la cabeza un poco inclinada, y jugando, como distraída, con los cordones de su delantal, se acercó á la ventana, desde donde Enrique absorto de tanta hermosura, la veía venir.

— « Teresa mía (dijo al fin este), estas triste? ¿qué tienes? apenas se pasa un día en que no vea tus ojos preñados de lágrimas... ¿Sabe algo Juan de Sevilla?... »

— « No, desgraciada de mí, si algo hubiera sospechado... Pero Enrique... es preciso no volvernos á ver... esto solo he venido á decírtelo... »

— « No volvernos á ver! (repitió el jóven con impetuosidad) y quien lo impide? ¿quien será en el mundo bastante á separarme de donde alcance una sola mirada de tus ojos? »

« Tu has encendido en mi pecho la llama del amor; tu has abierto para mí el camino de las ilusiones y de la gloria; tu eres mi vida, la luz de mis ojos, el alma que anima mi cuerpo... Pero no se lo que me digo.

« ¿Eres tú la que deseas esta separación? ¿Tú la pides?... »

— « No, Enrique, no, me desgarras el corazón con ese acento y esas palabras; ese fuego que te abrasa, enciende una cosa en mi pecho que mi labio tiembla revelarla; si, no me mires con tanto abluco y óyeme.

« Apesar de que Doña Claudia me dice que no quiera á Juan Sevilla porque no lo elegí por esposo, mis deberes nos hacen criminales... mi corazón no está ya tranquilo, siento un vago terror que me persigue, creo en la menor

(1) Véase el número 31.

palabra ver una sospecha; no duermo con sosiego, y sueño cosas espantosas; rezo y no me consuelo, y hasta me parece que la Virgen aparta de mí sus ojos airados... Aun estando á tu lado no pierdo los recelos... Enrique, líbrame de tu amor... » Y arrojó un torrente de lágrimas, dejando libre salida á la pena que en su corazón rehusaba.

Con varias reflexiones contestó el fogoso joven á estas razones de Teresa, mientras que ella lloraba sin descanso; conmovido entonces saltó al jardín, y tomándole una mano á su amado, que esta no pudo retirar, habló con tono lastimero lo siguiente.

— «La esperanza más dulce, la primavera de mi vida, es tu cariño, tu presencia... y todo, todo lo voy á sacrificar por no verte llorar.

«Mil vidas daría por volverte la tranquilidad que te he robado... A Dios... ¡ya no nos veremos más, ahora mismo voy á partir para el nuevo mundo!» y encubrió su rostro Enrique, porque dos lágrimas se deslizaron por sus morenas mejillas; soltando entonces la mano de Teresa, después de besarla con ardor, fue á subir por donde había bajado.

La mujer de Juan de Sevilla estaba inmóvil, cubriéndose el rostro con un pañuelo menos blanco que su cutis, y respirando apenas por lo comprimido que estaba su corazón; y al oír estos sentidos acentos, separó el lienzo de sus ojos, vió las mal reprimidas lágrimas del joven pintor y su decisión de saltar al obrador; y sin reflexión, impulsada por el profundo sentimiento que la embargaba, dijo con un eco de voz inesplicable — « Enrique... »

Volvióse este á ella, y... apareció Doña Claudia, la dueña, avisando con premura, que Juan de Sevilla se acercaba. ¡Qué interrupción! ¡y á qué tiempo!

A poco se abrió la puerta del obrador, y entró el temblante marido sudoroso y cansado diciendo.

— «Viva Dios que no saben los caballeros lo que vale un artista.

«No he de hacer otro retrato como no vengan á mi casa.

«Nunca están cuando los busco... ¿Pero Enrique (añadió mirando un cuadro que bosquejaba su discípulo), apenas habéis dado cuatro pinceles... ¿Y como pintáis con la paleta al revés? Vamos si seguís tan distraído mejor es que abandonéis la más noble de las artes... Nada, como una estatua...; No me oís? ¿qué hacéis en esos cabellos, si ya nada se ve?... »

— «Teneis razon, (repuso el joven saliendo de su letargo) es hora de dejar la tarea» y se levantó, calose el sombrero, y sin limpiar la paleta ni los pinceles, ni despedirse de su maestro, desapareció por la puerta falsa.

De pie, cruzado de brazos y con gesto amenazador, vió Sevilla esta brusca despedida, y apenas hubo salido Enrique, cuando dijo entre sí:

— «Vive Dios que esto me admira, y que si... no!... Voy á ver á Teresa» (añadió con aire resuelto). Y salió como un relámpago, abriendo con estrépito una puerta con llaves y resortes que daba al interior.

HISTORIAS ATRISADAS.

III.

Las circunstancias más pequeñas influyen en la moral y en el carácter de los hombres. Cuando Juan de Sevilla empezaba á hacer progresos en la pintura, bajo la dirección de Pedro de Moya, murió este, y solo coplando unos bocetos de Rubens, pudo mantenerse aquel en el gusto de su maestro; en este estudio y trabajo continuo, teniendo que ser maestro y discípulo á un tiempo, buscando por sí solo los defectos, se hizo rígido, meditando é intratable.

Al cabo de muchas vigiliás logró encastarse, como dicen los profesores, en la hermosura del colorido, y entonces aparecieron sus cuadros en las funciones del Corpus-Cristi, y alcanzó un gran crédito, apesar de los muchos y buenos pintores que habia en aquella ciudad, y de los parciales del presuntuoso Atanasio, que eran numerosos y de lo más noble.

Casóse cuando ya estaba abrumado por las obras públicas y privadas que le encargaban, y no lo hizo por amor, sino por salir del aislamiento en que se hallaba; pero no era posible ver á Teresa sin amarla, ni tampoco Sevilla, que no tenía una sola pasión débil, podía amar sin delirio; y sin embargo no modulaba su voz, ni atemperaba su carácter; este, su reflexión y su cariño lo hicieron celoso.

Su mujer Doña Teresa de Smeda, se habia quedado muy niña sin padre y bajo la dirección de una madre, que todavía en la primavera de su vida, metió á su hija en un convento para gozar del mundo á sus anchas. En el claustro recibió Teresa una educación virtuosa, y lejos del aliento asqueroso del mundo, no deseaba placeres que no conocia, estasiándose solo en los sublimes y poéticos misterios de la religion. La madre en fin envejeció, y queriendo brillar entonces por su hija, la sacó del convento, sin apañarse con sus ruegos y lágrimas. Juan de Sevilla se presentó y fue aceptado como partido ventajoso, sin consultar á la hija, que á la verdad no sabia ni lo que era matrimonio, ni el valor de los juramentos que iba á pronunciar. Tampoco, casada ya, se la hicieron duros los encierros de su marido, ni las prohibiciones de Doña Claudia, acostumbrada al convento. Enrique la vió una mañana en misa, en San Miguel, y luego que supo que era la mujer de su maestro, refrenó su cariño; pero arrebatado del fuego del primer amor, ganó á Doña Claudia con esplendidos regalos, y habló varias veces á la incauta joven.

El corazón de Teresa se encendió en amores, sin conocerlo ella, al oír las respetuosas palabras del joven pintor; al ver la poesía dulce de sus ojos, y lo expresivo y elocuente de sus acciones, su alma se enagenaba sin saber que aquello era un veneno. Acostumbrada á las razones duras de su esposo y á su torvo ceño, no es extraño que aquellas alabanzas de su hermosura, aquel respeto, la encantasen. Su pasión, luchando con la virtud, fue creciendo, y ya he descrito el estado violento en que se hallaba, combatida por los encontrados sentimientos de esposa y amante. Mas á fuer de buen historiador debo

decir, que la virtud de Teresa corría mucho peligro, y como prueba de ello bastará, que en la conversación que tuvo con Juan de Sevilla, después de la violenta escena del jardín, supo componer su rostro de tal modo y vestió sus expresiones de un candor y de una extrañeza tal, que su celoso marido quedó libre por entonces de sospechas, y concluyó por darle un beso en la frente, y... pero dejemos estas interioridades del matrimonio que á los solteros solo nos es dado envidiar.

REAL MUSEO DE MADRID. (1)

Lista de los pintores de quienes existen cuadros en el Museo.

CIGNAROLI (Juan Bettino). Nació en Verona en 1706; fue discípulo de Santi Prunato y de Balestra. Murió en 1770. — 1. C.

CIGOLI (*Luis Cardt*, llamado el). Nació en 1559; fue discípulo de Santi de Tito, y estudió las obras del Coreggio. Murió en 1613 — Escuela florentina — 1. C.

CLARA PETERS. Autor desconocido del siglo XVII — Escuela flamenca — 4. C.

CLAUDIO DE LORENA (*Claudio Gellé*, llamado). Nació en la villa de Chamagne en 1600; fue discípulo de Goffredi, pintor napolitano. Murió en Roma en 1682 — Escuela francesa — 10. C.

COELLO (Alonso Sanchez). Pintor del Rey Felipe II. Nació en Benyafayró, cerca de Valencia, á principios del siglo XVI, y estudió en Italia. Murió en Madrid en 1590 — 8. C.

COELLO (Claudio). Nació en Madrid de padre portugués. Estudió con Francisco Ricci, y se perfeccionó en el colorido con Carreño. Murió en dicha corte en 1693. — Escuela de Madrid — 2. C.

COLLANTES (Francisco). Nació en Madrid en 1599; estudió en la misma capital, y fue discípulo de Vicente Cardacci. Murió en dicha corte en 1656. — 4. C.

CONCA (Sebastian). Nació en Gaeta en 1679, fue discípulo en Salimena. Murió en 1764 — 1. C.

CONING (Felipe). Nació en Amsterdam y floreció en el siglo XVII. Sobresalió en retratos. — Escuela holandesa — 1. C.

CORBADO (Guiaguiento). Nació en Molfeta en 1690, fue discípulo de Solimena y de Conca. Murió en Nápoles en 1763 — Escuela napolitana — 16. C.

CERREGGIO (*Antonio Allegri*, llamado el). Nació en el pueblo de su nombre en 1494. Murió en 1524. Solo se sabe que estudió con el escultor Antonio Bergarelli, con el Frati y con Mantegna — Escuela de Parma — 4. C.

CORTONA (*Pedro Berrentini*, llamado por el lugar de su nacimiento Pedro de). Nació en 1596; fue discípulo de Baccio Ciampi. Murió en 1669, y su manera tuvo muchos secuaces. — 3. C.

COSIERS (Juan). Nació en Amberes en 1603; fue discípulo de Cornelio de Vos. Pintó muchos cuadros

por orden del rey de España y del cardenal Infante — Escuela flamenca. — 3. C.

COXCIE (Miguel). Llamado en su época el *Rafael flamenco*. Nació en 1497 en Malinas; comenzó sus estudios con Van-Orley, y se perfeccionó en Italia, de donde llevó á su patria el gusto de la escuela romana. Murió en 1592. — 2. C.

COYVEL (Noel). Nació en París en 1628, fue discípulo de Vouet, de Poncet y de Errard. Murió en 1717 — Escuela francesa — 1. C.

CRANACH (*Lucas Muller* llamado el). Nació en Cranach, diócesis de Bamberg, en 1473. Murió en Weimar en 1552 — Escuela alemana — 2. C.

CRESPI (Benito). Floreció á mediados del siglo XVII. Nació en Como. — Escuela milanesa — 1. C.

CRESPI (Daniel). Nació en Milan en 1590; fue discípulo de Cenari y de J. C. Procaccini. Murió en 1630 — 1. C.

CRUZ (Manuel de la). Nació en Madrid en 1750. Falleció en 1792 — 1. C.

DOMINICHINO (Dominico Zampieri, llamado el). Nació en Bolonia en 1581, estudió con el pintor flamenco Dionisio Calvart, y después con los Caraccis; murió en 1641. — Escuela boloñesa — 2. C.

DROTH SLOOT (Juan Cornelio). Se cree que nació en Gorcumia á principio del siglo XVII. Su género fué el paisaje, que solía adornar con fiestas y escenas campestres, y costumbres de aldeas. — Escuela holandesa. — 4. C.

DUGHET (Gaspre ó Gasparo). Nació en 1613; fue discípulo de su cuñado Nicolás Poussin, y murió en 1675. — Escuela romana. — 7. C.

DUERO (Alberto). Nació en Nuremberg en 1470; estudió la pintura con Miguel Wolgemut, fué el regenerador de las artes en Alemania. Murió en 1528. — Escuela alemana. — 9. C.

DICK (Antonio Van). Nació en Amberes en 1599; fue discípulo de Rubens. Murió en 1641. — Escuela flamenca. — 22. C.

ELSHEYMER (Adam). Nació en Francfort en 1574; fué discípulo de Offembach. Murió en Roma en 1620. — Escuela alemana. — 1. C.

EMPOLI (Jacobo Chimenti de). Nació en 1554; fué discípulo de Tomás de San Friano. Murió en 1640. — Escuela florentina. — 1. C.

ES (Jacobo Van). Nació en Amberes en 1570; sobresalió en pintar aves, pescados, flores y frutas. Se ignora con quien estudió y el año de su muerte. — Escuela flamenca. — 2. C.

ESCALANTE (Juan Antonio). Nació en Córdoba en 1630; estudió en Madrid con Francisco Ricci. Murió en Madrid en 1670. — Escuela de Madrid. — 2. C.

ESPINÓS (Benito). Este pintor era director de la Academia de pintura de Valencia por los años de 1828. — 7. C.

ESPINOSA (Jacinto Gerónimo de). Nació en Valencia, fué discípulo de Ribalta, y murió en la misma ciudad en 1680. — 3. C.

(1) Véanse los números 60 y 41.